

## EL PROFESIONALISMO COMO RITUAL DE PURIFICACIÓN ALIENACIÓN Y DESINTEGRACIÓN EN LA UNIVERSIDAD

BRUCE WILSHIRE\*

\* *Profesor de filosofía en la Universidad de Rutgers.*

*Publicado originalmente como "Professionalism as Purification Ritual Alienation and Desintegration in the University" en Journal of Higher Education, Vol. 61, No. 13, mayo-junio 1990. Traducción del inglés por Carlos M. de Allende.*

En una reunión de profesores un amigo declaró en alta voz: "Todos sabemos qué significa universidad de investigación: Mandar al infierno a los estudiantes de pregrado." Todos parecieron complacidos por un instante, como si disfrutaran el alivio que produce la revelación. Se iba a abordar un problema.<sup>1</sup>

Gran parte del problema es la dificultad para formularlo. A menudo se considera que la investigación y la enseñanza son mutuamente excluyentes. Esta es una actitud simplista. ¿Acaso la buena enseñanza no fomenta el estudio en los alumnos y los estimula a participar en la investigación del profesor? Si a los estudiantes hay que darles en la boca conocimientos que ya no estimulan al profesor para proseguir con un aprendizaje más avanzado, quizás no debieran estar en la universidad y sus deficiencias educativas deberían ser atribuidas a las escuelas "inferiores". La mayoría de los profesores de las universidades de investigación admiten que existe un problema y algunos lo enfrentan sosteniendo que no es de la universidad. Pienso que gran parte del problema corresponde a la universidad y la mejor manera de expresarlo es: la investigación *per se* no necesita excluir la educación de pregrado, pero la forma en que se concibe actualmente la investigación tiende a excluirla.

El concepto de investigación está ligado a la noción predominante de conocimiento y verdad, que nos viene desde el siglo XVII y se ha incrustado en la estructura de la universidad contemporánea. Los científicos conciben la verdad en un estrecho sentido técnico, que se vincula con su capacidad de formular predicciones cuantificables y ponerlas a prueba con instrumentos de precisión. Esto ha resultado altamente productivo para la ciencia. No obstante, ¿acaso no se afirma que también hay verdades que descubrir, por ejemplo, en la literatura? Esas verdades normalmente no involucran predicciones cuantificables que pueden ser comprobadas con instrumentos de precisión; por consiguiente, el simple término "verdad" no puede ocultar una disparidad de significados que impida a los diferentes campos relacionar o, incluso, contrastar sus descubrimientos.

Sin embargo, todos los eruditos e investigadores de nuestros diferentes departamentos académicos estamos en la tarea de autoeducarnos y educar a nuestros estudiantes. La educación implica un supuesto sencillo pero básico: que el yo no puede divorciarse de la evaluación de sí mismo. "¿Qué lugar ocupo en el mundo?", "¿Qué he logrado en mi vida?", "¿Qué podría llegar a ser?" De modo que si no podemos cotejar y vincular los descubrimientos que eruditos e investigadores hacemos, se dificulta o, incluso, se paraliza nuestra función de educadores, porque no podremos orientarnos ni orientar a nuestros estudiantes en el mundo. Con sólo conocimientos fragmentarios y aislados corremos el peligro de perdernos, al no estar guiados por lo que de hecho y en verdad es bueno como ideal que debemos buscar. En la literatura y la solidez de la experiencia la religiosa, por ejemplo el término *bueno* llega a lo más profundo de nuestro ser. Pero no puede ser considerado como un todo por la ciencia y definido en el sentido preciso y predictivo requerido, por lo que no puede figurar

---

<sup>1</sup>En una encuesta que incluyó a 5,000 estudiantes de pregrado de universidades grandes, realizada por la Fundación Carnegie para el Progreso de la Enseñanza, el 52% de esos estudiantes declararon que habían sido "tratados como números en un libro", y el 42% de ellos no creían que los profesores estuvieran personalmente interesados en su pregrado (datos informados en *The Chronicle of Higher Education*, 4 de septiembre de 1985). En la mayoría de las universidades multidiversidades orientadas a la investigación existe una relación inversa entre la cantidad de clases que da un profesor y su prestigio. Ver "Whatever happened to The Faculty?", *Academe*, Mayo/Junio de 1988, en particular una caricatura, "The Adventures of Superprof": "¡Hum! ¡Utilizaré mi SUPER-REPUTACIÓN para ascender a la estratosfera, donde la remuneración es mayor y más liviana la carga docente!"

en las verdades que descubren los científicos. La ciencia por sí misma no nos puede decir cómo educar, ni siquiera cómo educar como personas a aquellos que van a ser científicos. De hecho, aunque la ciencia es considerada la forma superior del conocimiento, no puede establecer lo que casi todos dan por sentado: que es buena en sí misma.

La universidad de investigación está fragmentada en las especialidades profesionales, con una división principal en investigación de “hechos” (las ciencias) e investigación de “valores” (las “expresivas” humanidades). Solamente las humanidades pueden orientar el desarrollo de la ciencia y la tecnología, pero no se considera que descubran conocimientos confiables. Ya en 1882, William James habló de “la pesadilla científica”: En la pesadilla ordinaria tenemos motivos pero carecemos de poder. En la pesadilla científica tenemos poder, pero carecemos de motivos<sup>2</sup>. El dilema provoca una actividad frenética o la paralización y el tedio. Yo deseo indagar detrás de este dilema moderno y mostrar cuán profundamente histórico y sistémico es.

La concepción del siglo XVII de que el mundo externo de los hechos que serán descubiertos por la ciencia está separado de un mundo mental de sentimientos y opiniones, expresado por las artes y las humanidades, oculta un arcaico trasfondo del comportamiento humano; también impulsa algunas de las más profundas influencias formativas. Creo que la separación de la mente y el cuerpo “efectuada en los reconocidos intereses de la ciencia” promueve una primitiva y no reconocida purificación ritual: el intento de establecer la identidad personal de los investigadores como mentes pulcramente especializadas, aisladas del desordenado y “sucio” cuerpo. Los estudiantes no están facultados como seres pensantes y se tiende a evitarlos; también se tiende a evitar aun a los académicos profesionales de otros campos que no pueden autorizar nuestra identidad como un tipo definido de mentalidad. No se confía en que se pueda *conocer* la dirección ética para la formación de la identidad.

En este artículo abordo las ocultas causas de nuestra alienación de nosotros mismos en nuestras universidades de investigación. Pienso que ocurren cosas arcaicas -procesos de purificación ritual en la muy “actualizada” formación profesional y académica del yo- que el método profesional y académico de conocer, tan influido por las ciencias naturales tradicionales, no puede conocer, lo que constituye una profunda ironía y un autoengaño. A grandes rasgos, el ritual es: yo soy pura y totalmente yo mismo y nosotros somos pura y totalmente nosotros mismos porque somos claramente distintos de los otros, aquellos que no han sido certificados mediante nuestros exámenes profesionales. Sólo cuando se conozca la magnitud de nuestras dificultades, podremos esperar en forma realista reconstruir la universidad.

A. N. Whitehead sostuvo que la universidad del siglo XX está organizada de acuerdo con los principios del pensamiento científico del siglo XVII<sup>3</sup>. Las personas están estructuradas como seres dobles mentes privadas conectadas en alguna forma con cuerpos mecánicos con conocimientos científicos limitados a la “comunidad” de los cuerpos; la comunidad de las personas ha sido eclipsada. Estoy de acuerdo con Whitehead. A pesar del vigoroso desarrollo de la física en el siglo XX y del incremento de la creatividad filosófica en las primeras décadas del siglo, la universidad contemporánea adquirió su conformación en las últimas décadas del siglo XIX y aún persiste la inercia de este siglo. La universidad contemporánea en el fondo es vieja. La convicción arraigada es que el único conocimiento “sólido” es el que puede ser verificado con precisión (matemáticamente) en condiciones rígidamente controladas y universalmente reproducibles, y que cualquier otro conocimiento es “endeble”, simplemente la expresión de opiniones y sentimientos subjetivos. Como no podemos tener conocimientos sólidos en este ámbito de la “expresión” pero tampoco podemos olvidarnos completamente de él, la universidad de investigación tiende a estar dividida jerárquicamente en ciencias “sólidas” y las meramente “expresivas” humanidades, mientras que las ciencias sociales proporcionan una débil esperanza de integración.

La tendencia divisoria es exacerbada por la profesionalización de todos los campos académicos. Para mantenerse en la universidad el profesor debe pasar mucho o la mayor parte de su tiempo pensando en el futuro, trabajando para lograr, mediante la publicación de investigaciones, la aprobación de los especialistas reconocidos en toda la nación como autoridades en la materia. La investigación debe ser reproducible de alguna

---

<sup>2</sup>James, W. Rationality, Activity, and Faith. *Princeton Review*, Vol. 2, 1882. Páginas fundamentales reimprimadas en *The Principles of Psychology*, Vol. 2, Nueva York: Holt, 1890, 312-315.

<sup>3</sup>Whitehead, A. N. *Science and the Modern World*, Nueva York: Macmillan, 1925; reimpresso, Mentor, 1943, p. 55.

manera (lo que en las humanidades se logra adoptando la forma de una tenue analogía con el ideal científico). La supervivencia del profesor en la universidad depende de ello; también -en cierto grado significativo- de su misma identidad como persona. La comunidad local de estudiantes, jóvenes y viejos, pasa a segundo plano.

La parcialidad de los programas de investigación genera diversas consecuencias para la forma de concebir la enseñanza y la forma en que se conciben a sí mismos los seres humanos, involucrados en la ostensiblemente riesgosa empresa educativa. Como se cree que el único camino hacia el conocimiento firme es la ciencia sólida y hay un solo método científico que ya es conocido, la educación consistirá en inculcar en alguna forma esta habilidad en cada individuo. Cuando la investigación en humanidades no sucumbe ante este modelo, tiende a ser considerada algo secundario o auxiliar. Esta actitud enmascara automáticamente el significado que la educación ha tenido durante milenios. Como se conserva en el término latino, *educare* significa “conducir” o “sacar” (nunca en forma completamente predecible) en vívido contraste con *instruere*, incorporar una habilidad o un depósito de información, meramente instruir. Y, al ejercer la enseñanza, el educador no el instructor también es conducido y se convierte en un coeducando.

El más antiguo significado de educación excluye la transferencia de incrementos o partes de esto o aquello a una fracción del yo. *Un solo* yo será conducido a *un* mundo para enfrentar a un interrogante final: ¿Qué es lo que haré de mí mismo en este mundo singular que me rodea?

Imitando a la ciencia, cada disciplina se esfuerza por aplicar el método científico a esferas particulares de temas de tal modo que los problemas son aislables, las contribuciones de los diferentes investigadores son acumulables, se realiza el progreso “científicamente” en “el campo” y, sobre todo, se establece la identidad de los investigadores mediante el reconocimiento otorgado por los líderes en la materia. Aislado de las otras disciplinas, en cada campo se pueden establecer normas convencionales y se jerarquizan los logros (y las utilidades).

La universidad está dividida en las ciencias y en las cuasi científicas humanidades por los mismos prejuicios de la investigación del siglo XVII que dividen a la persona en mente y subjetividad por una parte, y cuerpo y objetividad, por otra. Ya no se comprende lo que significa ser *un* yo sumido en un solo mundo; por consiguiente, se ha perdido el antiguo significado de la educación. Ya no tendemos a plantear interrogantes educativos desde el punto de vista de un yo singular que se confronta a sí mismo en su centro efectivo como un agente moral y pregunta: ¿Qué es lo que haré conmigo mismo? ¿En qué es bueno que me convierta? ¿Es simplemente algo por lo cual seré reconocido por mis colegas profesionales?

Nos inclinamos a pensar que los juicios morales solamente expresan la idiosincrasia personal o colectiva, las nubes cambiantes de sentimientos subjetivos. La preocupación obsesiva por el reconocimiento de los pares profesionales encubre, pero no puede eliminar, la corrosiva incertidumbre acerca de lo que es bueno hacer y ser. Esto es un resabio del siglo XVII: el individuo es una mente particular ligada en cierta forma a un cuerpo mecánico en un mundo mecánico. Quizás establecemos “contratos” con otros para constituir sociedades. Pero las comunidades reales en las que siempre ya existimos con otros y a las que recurrimos para satisfacer nuestras respuestas vitales están excluidas del foco de nuestra atención y son eclipsadas. Así sucede con nuestra subjetividad real y con las exigencias cabales de nuestra identidad.

La crisis de la universidad es una especie de esquizofrenia. La integridad de la investigación requiere un investigador con integridad. La ciencia presupone “valores” que no puede expresar y justificar en sus propios términos científicos: la capacidad de imaginar hipótesis, evaluar imparcialmente la evidencia, aceptar sin reservas cualquier verdad descubierta por inesperada o, incluso, repelente que resulte, la capacidad de controlar las ilusiones y el yo como mero ego. La ciencia presupone valores de libertad y responsabilidad, pero, dados sus términos y métodos, no puede probar que sus propios supuestos son verdaderos y legítimos. Esta demostración debe ser la tarea de campos de investigación que estudian al mundo y a nosotros mismos en forma más reflexiva, amplia e histórica sin duda no con precisión, pero de manera fundamental, investigaciones del hombre y lo humano, las humanidades. Pero es justamente este tipo de intercambios entre disciplinas lo que es obstaculizado por la división en la universidad y el empleo de vocabularios y métodos (y organizaciones profesionales) mutuamente excluyentes. Las aisladas, puristas, cuasi científicas humanidades no hacen esa labor de mediación y combinación esencial para la matriz del aprendizaje y la vida.

Lo que se entiende como “educación” en la mayoría de las universidades de investigación se ha apartado de la matriz de la realidad humana que da a la educación su significado. Esto es muy evidente en el nivel de educación de pregrado. Debemos decir algo más sobre el viejo y tendencioso programa de investigación que ocasiona la separación esquizoide. No es algo vago sino que está profundamente institucionalizado en las asociaciones académicas y profesionales nacionales e internacionales que custodian, desarrollan y definen cada disciplina académica. Un elemento esencial del desarrollo de la moderna universidad de investigación en las dos últimas décadas del XX fue la creación de aproximadamente 200 asociaciones profesionales (además de agrupaciones de docentes)<sup>4</sup>. Formadas poco antes de los cataclismos filosóficos y científicos de comienzos del siglo XX, reflejan los sesgos psico-físicos, atomizantes y mecanicistas del siglo XVII.

Criticar el profesionalismo universitario ante un auditorio abrumadoramente académico es una actitud casi tan popular como la de un político estadounidense que critica a George Washington. No hay duda de que sólo un atávico humanista sería tan perverso. Y seguramente sólo alguien ciego a los muchos beneficios que han resultado de ese profesionalismo. Cualquiera que lea informes de la universidad preprofesional del siglo XIX concluirá en que era inevitable algo semejante a la versión profesional<sup>5</sup>. Con frecuencia gentuza, clérigos descontentos que buscaban un segundo empleo, una banda abigarrada y heterogénea encabezaba las aulas. Los estándares eran bajos o no se aplicaban sistemáticamente. Las primeras universidades eran demasiado pequeñas para absorber el flujo de integrantes de la clase media que esperaba ante sus puertas en los últimos años del siglo pasado, que veían en ellas el camino al poder y la riqueza, la promesa de liberarse de la ignorancia y las restricciones de los prejuicios de clase. Como dijo Eliot, el Rector de Harvard, en su discurso inaugural de 1869, la universidad tenía que acometer la empresa de formar sus propios miembros, sus propios productores de conocimientos<sup>6</sup>. Y puesto que el conocimiento es universal (“universalmente reproducible”), era inevitable que los estándares no fueran establecidos localmente sino por expertos en un campo específico reconocidos nacional e internacionalmente, cada área profesional desarrollada con estilo y estándares propios y renovada con sus características particulares.

Ninguna persona con conocimientos puede negar en conciencia que las disciplinas segmentadas y profesionalizadas han producido grandes adelantos en ciertos campos, especialmente en las ciencias naturales y las matemáticas. Sin duda, el sólido financiamiento de ciertas disciplinas y la dedicación (para los profesores más jóvenes, la explotación) de los investigadores en las diversas líneas “centrales” no han sido totalmente en vano. Existen actualmente alrededor de 100,000 revistas científicas, ¡una prodigiosa montaña de saber!

Pero, ¿hemos realizado progresos en la educación? Creo que la universidad, como institución educativa, está en crisis; no soy el único que piensa esto. Calvin Schrag recapitula los numerosos informes acerca de esta crisis generados en los más prestigiosos niveles del sistema educacional. La Fundación Carnegie, la Comisión Nacional para la Excelencia en la Educación, la Fundación Nacional para las Humanidades, la Asociación de “Colleges” Estadounidenses y otros grupos señalan: “Los autores de esos informes critican todos la falta de coherencia curricular, la amenaza de un excesivo vocacionalismo, la hiperespecialización de vocabularios, la autocomplacencia de los profesores, los intereses políticos y las fantásticas fidelidades departamentales” que han corroído la educación liberal<sup>7</sup>.

Debemos finalmente evaluar los costos educativos, los costos humanos, del profesionalismo académico. Algunos son tan obvios que difícilmente necesitan ser señalados. Como las ciencias naturales sirven como modelo del conocimiento y pueden insistir en la decisiva, precisa y universal repetibilidad de sus resultados, los otros campos imitan esto lo mejor que pueden. Pero sólo la investigación publicada puede ser ciertamente evaluada de ese modo y únicamente las agrupaciones profesionales pueden reunir los jueces que efectúan la evaluación. Por consiguiente, todo lo que no encaje en este cauce de procesamiento no “pasa”, no está autorizado. La enseñanza en el aula no puede ser evaluada de esta forma ni tampoco el escuchar con atención

<sup>4</sup>Bledstein, B. *The Culture of Professionalism: The Middle Class and the Development of Higher Education in America*, Nueva York: Norton, 1976, pp. 86, 274-281.

<sup>5</sup>Holstadter, R. *Anti-Intellectualism in America Life*, Nueva York: Random House, 1963, p. 301.

<sup>6</sup>Bledstein, B. *The Culture of Professionalism: The Middle Class and the Development of Higher Education in America*, Nueva York: Norton, 1976, pp. 86, 274-281.

<sup>7</sup>Schrag, C. Involvement, “Integrity, and Legacy in American Liberal Education”. Trabajo presentado en la International Association of Philosophy and Literature, Seattle, 3 de mayo de 1986.

a colegas y comentar diligentemente su trabajo; por lo tanto, estas actividades tienden a no ser consideradas. Muchos profesores, en particular los jóvenes, no tienen tiempo para el desarrollo personal, los asuntos familiares y los derechos cívicos, ni para la superación individual y la educación en sus diversos aspectos. El nivel profesional del yo se separa del nivel personal, y cuando esto le ocurre a un profesional académico

Quizás de las humanidades la incongruencia es particularmente lamentable. La reflexión profesional sobre la vida se disocia de la vida. Lo que podría ser un aspecto fundamental de una evaluación equilibrada la actividad profesional y las publicaciones es una grotesca distorsión ajena a ella.

La universidad como fábrica de conocimientos no ofrece espacios para que los conocedores se confronten a sí mismos, cada uno como una persona que está comprometida, que ríe, sufre y crea un mundo particular. El conocer no genera a partir de sí mismo ninguna validación de los supuestos de la actividad misma: integridad, libertad, responsabilidad, bondad. Solamente una concepción coherente del conocer de los eruditos y el mundo conocido podría generar, orgánicamente, relaciones entre los eruditos y las formas de ejercer el poder en la universidad que no sean las burocráticas y políticas impuestas desde afuera.

Aparece el directivo como burócrata, una figura terriblemente esencial dadas la naturaleza del conocimiento y la fábrica de conocimientos heredadas del siglo XVII. Como las áreas “sustantivas” no pueden relacionarse entre sí, debe existir otra especialidad llamada “administración”. Las cuestiones de “procedimientos” apartan de las sustantivas y las reuniones de docentes deben principalmente ocuparse de cuestiones de procedimientos, pues éstas son terriblemente complejas y difíciles: como si un organismo hubiera perdido su cerebro y cada articulación y músculo debiera ser coordinado con los demás por una batería de computadoras conectada con él desde el exterior.

La universidad profesionalizada es una institución burocratizada, en la que cada módulo está tan absorto en sus propias particularidades que no tiene tiempo para pensar en el todo del cual forma parte. Cada uno está de acuerdo en permitir al otro su hegemonía, si el otro a su vez permite la suya. En pocas palabras, la administración toma los *cuerpos*, los transporta, aloja y alimenta, en tanto que los diferentes departamentos de la institución se encargan de un sector de la *mente*. Una vez que contamos esta historia dualista sobre nosotros mismos, este mito del siglo XVII, ya no se pueden juntar las piezas, salvo en forma burocrática, administrativa, legalista. Lo que somos no es independiente de los términos en que nos reconocemos a nosotros mismos.

Todo esto es filosófico, lo sé: la verdad, el significado, el conocimiento, la integridad, la bondad, el *ser* humano, el mundo, el mundo como *totalidad*. Una medida de la alienación de la vida en que se halla la filosofía profesionalizada, es que a menudo ésta sea la razón para desechar esos problemas de la discusión universitaria diciendo “nos estamos convirtiendo en filósofos”. En realidad es una medida del abrumador poder del profesionalismo el hecho de que haya podido predominar sobre la filosofía académica misma, el campo que tradicionalmente no ha tenido límites, luchando con las interrogantes que nunca podemos, con clara percepción, evitar, no importa cuán inútil hayan parecido las respuestas. La filosofía se convierte en sólo otro departamento de la universidad, un departamento pequeño y políticamente intrascendente. El profesionalismo tiene este poder, creo, porque tras su fachada científica o cuasi científica aprovecha las arcaicas energías de formación de la identidad, tradicionalmente manipuladas por instituciones religiosas, reales, tribales y familiares, y los rituales de iniciación y purificación que ellas supervisaban. Afirmo que el profesionalismo es particularmente imperioso, descontrolado e insensible, porque en su “sofisticación” no puede reconocer sus poderosas fuentes arcaicas.

Recordemos el incisivo comentario de William James respecto a la pesadilla científica: tenemos poder pero no razones. Su aprensión al profesionalismo era intensa. Él pudo haber escrito la sentencia de Nietzsche “La humanidad preferirá tener el vacío como propósito que estar vacía de propósitos”. Una concepción del conocimiento que disfraza el mundo tal como lo vivimos concretamente no puede encontrar sentido a nuestro papel, lugar o propósito dentro de él. Fracasamos en nuestros corazones mismos como seres trascendentes, en evolución, integrales y esto estimula un deseo generalizado de destrucción.

En 1902, en *Las variedades de experiencia religiosa*, James escribió las más sagaces palabras que conozco sobre el profesionalismo.

La religión, sea lo que fuere, es una reacción total del hombre ante la vida ... Las reacciones totales son diferentes de las reacciones casuales y las actitudes totales son diferentes de las actitudes habituales o profesionales. Para llegar a ellas uno debe trascender el primer plano de la existencia y alcanzar esa singular percepción de la totalidad del cosmos restante como una presencia eterna, íntima o ajena, terrible o divertida, amorosa u odiosa, que en cierto grado todos poseen. Esta percepción de la presencia del mundo ... es la más completa de nuestras respuestas al interrogante “¿Cuál es la naturaleza de este universo en el que vivimos?”<sup>8</sup>

El significado del profesionalismo nunca ha sido mejor captado que mediante el contraste. El profesional es el individuo que se encierra a sí mismo en el “primer plano” de la existencia e intenta disfrazar el fondo, “la singular percepción de la totalidad del cosmos restante ..., que en cierto grado todos poseen.”

Pero nuestras raíces penetran profundamente en un suelo muchos milenios más antiguo que el siglo XVII y la moderna universidad de investigación. Cuando James fue invitado en 1902 a incorporarse a la novel Asociación Estadounidense de Filosofía declinó secamente, afirmando que no se podía esperar muchas cosas buenas de una asociación porque la filosofía era una lucha solitaria con uno mismo o con unos pocos amigos íntimos que podían tolerar las mutuas alegrías, agonías y confusiones. No obstante, cuando James fue nuevamente invitado dos años después, aceptó y, en 1905, fue elegido como quinto presidente de la APA<sup>9</sup> (dos de sus colegas más jóvenes, Dewey y Royce, habían desempeñado esa función inmediatamente antes). Esto probablemente puede ser atribuido a la vanidad de James, un vicio del cual no estuvo exento. Creo que el gran psicólogo y filósofo estaba en las garras de fuerzas de formación de la identidad que no pudo comprender o controlar por completo.

Pero al juzgar así a James podemos estar encubriendo desafíos que nos conciernen a todos. ¿Puede uno de nosotros en un “nivel normal” de “salud mental” declinar honores en instituciones profesionales seculares aun aquellas con las cuales disintimos cuando las viejas estructuras que nos reconocen y validan nuestra identidad se han colapsado? ¿De qué otra manera podemos *ser*?, esa es la pregunta. El abrumador y diría sobrenatural poder del profesionalismo para forzar emocionalmente juicios y comportamientos ha sido demostrado en los últimos 86 años en la APA. Si la filosofía puede ser profesionalizada, cualquier campo puede serlo. George Santayana dijo que la profesionalización de la filosofía la arruinaría, la separaría de la única raigambre que tuvo: el esfuerzo coordinado, controlado de viejos y jóvenes por comprender nuestro mundo y nuestro lugar en él y vivir con cordura. No hay expertos en sabiduría, y la filosofía es tarea de aficionados. En su forma más sistemática es en las palabras de John Dewey “la teoría general de la educación”.

Cualquiera puede percibir algunos de los costos del profesionalismo; son muy evidentes. Los resumiremos en una sola anécdota. Un amigo publicó un artículo fundamental sobre la salud en una prestigiosa revista médica. Al ser informado de esto, el Jefe del Departamento dijo: “Bien, ahora Ud. puede solicitar un subsidio de un millón de dólares”. Ninguna pregunta sobre el contenido del artículo, nada. Se mantiene el profesionalismo porque en algunos campos presenta progresos y porque paga dividendos; esto está garantizado por una junta directiva integrada por fuentes universitarias, editoriales y de financiamiento, gubernamentales y privadas. El mérito está legitimado y uno puede salirse con la suya al pensar: “Al infierno los estudiantes de pregrado”. Uno también puede ignorar la posibilidad de que simples mortales no puedan efectuar su investigación, sin importar adónde conduzca, cuando un resultado particular puede poner en peligro la fuente de financiamiento.

Otros costos del profesionalismo y sus implicaciones para la identidad están profundamente ocultos. La brillante descripción de James de las energías genéricas y religiosas, que persisten a pesar de la secularización, proporciona la clave. Incluida en el nuevo mito del siglo XVII estaba la convicción de que una ciencia mecanicista podía objetivar la naturaleza como un agregado de determinados estados de las cosas, decirnos todo lo que necesitamos saber para controlar nuestro destino y desplazar toda la ciencia anterior; la religión podía ser estigmatizada como superstición. Tomó un tiempo para que se inculcara esta doctrina, pero subyace silenciosamente en los fundamentos del secularismo y la universidad contemporánea, apenas perturbada por

<sup>8</sup> *The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature*. Nueva York: Longmans, 1902. (Ver en la primera sección, “Circumscription of the Topic”).

<sup>9</sup>N. del T. Sigla de la denominación en inglés American Philosophical Association.

diversas críticas “expertas” provenientes de las humanidades. No obstante, James nos recuerda de que el mundo tal como directamente lo experimentamos en su “circunpresión”, no es experimentado como un agregado de estados de las cosas, sino como un trasfondo caprichoso y envolvente. Un “horizonte” abarca todo lo que es directamente evidente para los sentidos y simultáneamente apunta, más allá de sí mismo, a *todo lo demás*. No podemos decir qué más hay, ni siquiera las clases de cosas que podría haber. En este vago, inagotable trasfondo debemos hundir nuestras raíces, formar nuestras identidades y experimentar fusiones con las cosas que nos rodean y aversiones por ellas. Es justamente esta matriz caprichosa, este arcaico trasfondo vivido en el *pathos* de la proximidad personal, lo que es eclipsado por el brillante primer plano del profesionalismo académico con sus tajantes análisis, “exhaustivas” divisiones de los campos y agudas indicaciones de temas. Es por esto que, en medio de todos los triunfos de las ciencias, tendemos a alienarnos de nosotros mismos. “Nosotros, los eruditos, no nos conocemos a nosotros mismos”, escribió Nietzsche. Las formas académicas y profesionales de conocer tienden a ignorar las fuerzas que actúan en la formación del profesional académico mismo.

El profesionalismo académico es, entre otras cosas, un tácito ritual de purificación, un velado intento de asumir las funciones de formación de la identidad antes manejada por instituciones explícitamente religiosas. El caprichoso trasfondo de participación extática y enfermiza aversión aún alimenta nuestras raíces a pesar de haber sido eclipsadas y en forma más trascendental porque no es percibido. Como dije antes, la fórmula tácita es: “Yo soy yo y nosotros somos nosotros, porque somos total y puramente nosotros mismos, completamente distintos de aquellos que no han sido confirmados y lavados”. Los ritos de purificación abundan y son instrumentos primitivos y poderosos para individualizar el yo y el grupo dentro de las relaciones confusas, las fusiones y la vulnerabilidad que se encuentran en el dominio de los intercambios directos con el mundo. Como Mary Douglas ha señalado, el tribalismo no ha muerto y la verdadera identidad de uno depende de “no mezclar lo que debe mantenerse separado”<sup>10</sup>.

Solamente la hipótesis de este factor *sub rosa* agregado puede explicar la estrechez mental en disciplinas que tienen razones declaradas para evitarla. Seguramente muchos factores contribuyen a la rígida división departamental en la universidad. Yo mismo he destacado la fuerza de la inercia del acontecer histórico: las grandes universidades de investigación que conocemos hoy y muchas de las asociaciones académicas profesionales que definen y custodian sus departamentos surgieron en las últimas décadas del siglo pasado justamente antes de la explosión de la física y la filosofía del siglo XX, cuando aún prevalecían las divisiones dualistas del pensamiento mecanicista del siglo XVII. La inercia corporativa así creada es enorme y arrastra a los investigadores individuales dentro de sus diversos módulos disciplinarios. Sencillamente, los eruditos que han gastado sus energías vitales en lograr reconocimiento ajustándose a normas establecidas y vigiladas por sus respectivos módulos, no renunciarán a la ligera a esos módulos ni los verán combinados con otros extraños.

Sin embargo, debemos indagar bajo los más obvios niveles sociológicos y psicológicos de análisis si queremos comprender la extrema resistencia al pensamiento y poder interdisciplinarios que ha persistido sin cuestionamientos en la universidad hasta hace muy poco. La severidad de esta resistencia es difícil de entender; de hecho, es contraintuitiva. Abundan los casos en que ciertos campos permanecen ignorantes de los descubrimientos realizados en campos afines, que son básicamente importantes para su propia búsqueda del conocimiento. Para citar sólo unos pocos: hay gente en el campo de la medicina que ha seguido ignorando (voluntariamente, creo yo) lo que los fisiólogos, bioquímicos y nutriólogos han aprendido sobre las implicaciones para la salud de las aproximadamente cien libras de alimentos que cada uno de nosotros ingiere cada mes; la mayoría de los arqueólogos desconocían hasta la década de los sesenta (y algunos hasta más tarde) el significado astronómico de los enormes “túmulos mortuorios” en Inglaterra e Irlanda que ellos mismos excavaron y sobre los cuales los astrónomos han estado informando a la “comunidad ilustrada” durante más de 100 años; los sociólogos insistieron en diferenciarse de los antropólogos y continuaron empleando sus nociones sobre el comportamiento “racional” de las poblaciones urbanas occidentales aun después de que los descubrimientos de los antropólogos pusieron en claro que esas conductas humanas “irracionales” como los comportamientos de iniciación y purificación, era sencillamente aplicable a toda conducta humana;

<sup>10</sup>Abbott, A. Status and Status Strain in the Professions. *American Journal of Sociology*, 86 (1981), 823-825.

la mayoría de los filósofos académicos en Inglaterra y Estados Unidos desconocen el pensamiento filosófico fundamental originado en los departamentos de literatura, antropología, historia y ciencias políticas.

En síntesis, el perjuicio causado por los extremadamente profesionalizados campos académicos es claro: por ejemplo, descuidar la enseñanza de pregrado y obstaculizar la investigación en un campo impuesta por el campo mismo. Asimismo, claras son algunas de las causas de esta estrechez localista, que persiste con fuerza considerable. Es muy probable, entonces, que estén funcionando factores ocultos que refuerzan esa estrechez localista, como un ritual arcaico de iniciación y purificación.

En general, se observa una ignorancia selectiva de cosas que no pueden ser procesadas y purificadas por el método preferido de investigación, lo que Mary Daly llama “metodolatría”. Estas cosas suspicazmente implican la *materia*, en particular nuestros propios cuerpos inmediatamente involucrados con el entorno, que escapa a la objetivación y determinación completas por la mente objetiva y calculadora. Así, la matriz de la cual el pensamiento del siglo XVII abstrae para establecer sus dualismos, sus ámbitos subjetivo y objetivo, mental y físico (y luego olvida que los abstrae), esta matriz persiste e impulsa esos primitivos procesos de individuación mediante rituales purificadores encubiertos. “Somos pura y sólidamente nosotros mismos porque somos mentes determinadas que son distintas de aquellas *otras* “. La mente que cree que puede apartarse de la confusa materia es forzada a una respuesta espástica por la materia misma.

Sospecho también que la aversión a la materia es una aversión a la *mater*, a la matriz, a la madre, una forma de profundo temor experimentado principalmente por los varones, de que no lograrán establecer una identidad diferenciada con respecto a la fuente de su nacimiento y serán absorbidos por ésta. No es casualidad que haya un sesgo muy arraigado en gran parte del pensamiento occidental que tiende a preferir a las características que diferencian a expensas de los rasgos que se comparten. Este sesgo masculino casi ha agotado la fuerza creativa que antes tuvo, pero su inercia aún se siente.<sup>11</sup>

Si tengo razón, los problemas de una universidad de investigación que también presume ser una institución educativa, son formidables. En el fondo se dice “Al infierno los estudiantes de pregrado” porque, entre otras cosas, uno *debe* establecer su identidad sobre la base del reconocimiento de sus pares en la especialidad disciplinaria en cuestión. Uno está obligado a hacer esto porque debe *ser* algo reconocido en la cultura secular profesional. El Yo tiende a concebirse y en cierta medida tiende a ser un ego cartesiano puntual instantáneo, una cosa más bien frágil que necesita ser reafirmado con frecuencia. El estudiante es uno de esos seres fronterizos, como los describe Douglas, ni una mentalidad certificada ni tampoco completamente al margen de la corporación intelectual, y la realidad equívoca del estudiante puede desalentar al profesor de una relación más estrecha. Esto es perturbador, peligroso, “contaminante”. Encerrado en el instante, las tareas y regocijos intergeneracionales de la enseñanza tienden a ser olvidados: la certificación con la juventud y con lo que es joven, en potencia no certificada en uno mismo, las propias oportunidades de renovación o renacimiento a través del estudiante, que son integrales en los ciclos de renovación continua de la arcaica Naturaleza misma.

Si estoy en lo cierto, ¿hay alguna esperanza? Sí. Difundir los descubrimientos es esencial para el conocer, de modo que no hay nada inherentemente erróneo en el profesionalismo y la publicación. Pero éstos deben convertirse en parte de una perspectiva equilibrada de la educación. El primer paso consiste en tomar conciencia de la matriz arcaica del comportamiento, que perdura a pesar de todo. Una vez confrontada, vemos que no toda verdad puede asumir la forma de aseveraciones formuladas con precisión, verificables con precisión en condiciones repetibles con precisión. Aristóteles tenía razón: es signo de una persona educada no esperar más precisión que la que permite la naturaleza del objeto de estudio (por ejemplo, la evaluación de la enseñanza). La educación debe ser estructurada conforme a juicios concernientes a lo que es bueno para nosotros y, en muchas ocasiones, podemos estar seguros de que esos juicios son verdaderos. Tal vez sean algo vagos y no formulables en cada situación que quisiéramos ver resuelta, pero son fundamentalmente verdaderos.

---

<sup>11</sup>Estas tesis concernientes a los temores de polución y el sesgo masculino están expuestas detalladamente en mi obra *The moral Collapse of the University: Professionalism, Purity, Alienation*, Imprenta de la Universidad del Estado de Nueva York, Albany, otoño de 1990.

Si podemos lograr aunque sea una perspectiva semiequilibrada, no impulsaremos a los profesores jóvenes a una manía de “productividad” en publicaciones si quieren sobrevivir y trataremos a los estudiantes de pregrado como colaboradores en el proyecto de vivir con sensatez, un proyecto que no puede ser monopolizado por un único campo del conocimiento. Los juicios sobre la calidad de la vida humana como un todo sólo pueden ser hechos por aficionados, meros amantes del saber, como dijo Platón. Reconoceremos que los profesores necesitan estudiantes (al menos en parte del tiempo), necesitan renovación a través de aquellos que los sucederán en la regeneración cíclica de la Naturaleza y la cultura.

Finalmente, la tendencia en la mayoría de la universidades hacia programas interdisciplinarios no es una simple moda pasajera. Por fin las exigencias del *conocimiento mismo* están comenzando a desbaratar las divisiones de la investigación universitaria, la “fábrica del saber”. Los físicos del siglo XX generaron perturbadoras implicaciones filosóficas que alteraron los fundamentos conceptuales de todas las disciplinas. Niels Bohr sostuvo que el descubrimiento en la física actúa por parábolas, imágenes y metáforas. Ya no puede el observador de la Naturaleza y la cultura borrarse convenientemente a sí mismo del cuadro “objetivo” que se esboza, y la libertad, la imaginación, las predilecciones y la responsabilidad ética del científico se convierten en temas investigables. Las ciencias y las humanidades ya no necesitan estar totalmente aisladas unas de otras porque el conocimiento es toscamente equiparado a una capacidad de predicción precisa. Por ejemplo, la ecología y la etología tienden a traslapar los lindes departamentales y también a compartir problemas prácticos apremiantes.

A medida que se acumulen más investigaciones de extramuros, podemos esperar que ciertos tabiques departamentales se debiliten y, quizás, “implosionen”. Dadas las diferencias en la formación histórica y la fortaleza actual de los límites modulares, es muy improbable que muchos departamentos “implosionen” simultáneamente y produzcan un caos (y propicien así un régimen totalitario). El incremento gradual del poder institucional real para los estudios interdisciplinarios es promisorio. Pero debemos evitar el pánico “irracional” que nos acosa ante las amenazas a la profundamente arraigada identidad profesional y personal, los temores a la contaminación, la polución y la disolución.

## REFERENCIAS

- Abbott, A. Status and Status Strain in the Professions. *American Journal of Sociology* , 86 (1981), 823-825.
- Bledstein, B. *The Culture of Professionalism: The Middle Class and the Development of Higher Education in America* , Nueva York: Norton, 1976, pp. 86, 274-281.
- Douglas M. *Purity and Danger: An Analysis of the Concepts of Pollution and Taboo* , Londres: Routledge, pp. 55-56 y *passim* .
- Holstadter, R. *Anti-Intellectualism in America Life* , Nueva York: Random House, 1963, p. 301.
- James, W. Rationality, Activity, and Faith. *Princeton Review* , Vol. 2, 1882. Páginas fundamentales reimpresas en *The Principles of Psychology* , Vol. 2, Nueva York: Holt, 1890, 312-315.
- The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature* . Nueva York: Longmans, 1902. (Ver en la primera sección, “Circumscription of the Topic”).
- Schrag, C. Involvement, Integrity, and Legacy in American Liberal Education. Trabajo presentado en la International Association of Philosophy and Literature, Seattle, 3 de mayo de 1986.
- Whitehead, A. N. *Science and the Modern World* , Nueva York: Macmillan, 1925; reimpreso, Mentor, 1943, p. 55.